

## NACIMIENTO, VIDA Y TRANSFIGURACION DEL FILOSOFO GRIEGO

### 1 - Nacimiento del Filósofo y la Filosofía

En su célebre libro sobre *Aristóteles*, W. Jaeger tiene un Apéndice referente a los orígenes de lo que se llamará la "Vida Contemplativa" (*Bios Theoretikos*), que fue uno de los ideales de la existencia humana y tal vez el más elevado casi sin disputa, hasta la Edad Moderna.<sup>1</sup> Según el historiador alemán tal género de "Vida" había nacido en la Academia, impulsada por el propio Platón. Este la habría retroproyectado en su interpretación, ya a los primeros filósofos griegos, identificando de hecho y de derecho en sus orígenes a la Filosofía con la Vida Contemplativa. Si a esto añadimos una idea generalizada de la Vida Contemplativa, propia del famoso "hombre encerrado en una torre de cristal", que aislado asépticamente de toda contaminación —y proyección— con el exterior, se consume en la contemplación gozosa de una verdad estupenda... pero, que nada tiene que ver con la vida que llevan o deberían llevar los hombres, si ésta fuera la Vida platónicamente contemplativa, habría que reconocer que el Ateniense hace una interpretación indebida de la Vida y de los Ideales filosóficos de los primeros pensadores griegos, pues de ninguno de estos pensadores, por las noticias que de ellos tenemos, puede inferirse que fueran hombres "encerrados en una torre de cristal". Hay que añadir inmediatamente que, si Platón es quien inaugura y delinea conscientemente el perfil del *Bios Theoretikos*, tal perfil no tiene nada que ver con esa vulgarizada caricatura, que se mencionó arriba, presentada con diferentes niveles y variantes, pero que en el fondo coinciden en una idea de la Vida Contemplativa, propia del filósofo, dedicada a la investigación de una verdad, desconectada de la vida humana, de una investigación "que no sirve para la vida"... ¿No fue acaso el *summus Aristotelis*, quien dijo que la Filosofía es *in-útil*, que no presta servicio alguno a la existencia?<sup>2</sup> Las ironías de esta supuesta condición de la Filosofía están bien resumidas en esa definición a la italiana, como, "*quella scienza, che posta la quale e tolta la quale, tutto rimane tale quale*".

Evidentemente: la Filosofía corresponde en su definición, a una actitud teórica, cognoscitiva, inquisitiva frente a la realidad. Y el análisis de lo que fue la Filosofía en su desarrollo histórico, como dimensión especulativa es útil y necesaria para determinar su tipicidad o especificidad dentro de las formas o clases del conocimiento humano. Pero, esta determinación resulta pálida y podría decirse incompleta si se la compara con la riqueza de su expansión exis-

<sup>1</sup> W. JAEGER, *Aristóteles*, Apéndice I.

<sup>2</sup> M A, 1, 981 b 21 - 25.

tencial en la "Vida filosófica", de la Filosofía según la valoraron y vivieron los filósofos. Y esto es así porque si en un sentido la Filosofía puede entenderse como una forma peculiar de saber o conocer, que determina la inteligencia, de una manera más plena y global la verdadera Filosofía es un modo de ser humano que lo afecta en su totalidad, una manera especial de enfrentar y vivir la propia existencia. Sólo vista así, aun el primer y restringido sentido de la Filosofía adquiere su verdadera expresión. Con esto quiere decirse que para saber lo que fue la Filosofía —y en nuestro caso la filosofía griega— no es suficiente atenerse a las "definiciones" que los filósofos dieron de la misma, aclarándola como un tipo particular de conocimiento, sino que hay que tener presente cómo la desarrollaron y no sólo a lo largo de todos sus escritos, sino también a lo largo de su vida; para saber lo que fue o al menos pretendió ser la Filosofía es de suma importancia tratar de encontrar la valoración que de ella hicieron los filósofos, elevándola a ideal de su propia existencia, imprimiendo a ésta una particular orientación, que correspondería a la esencia de la Filosofía que profesaban. Por eso habrá que completar lo que los filósofos escribieron sobre la Filosofía con lo que ellos u otros escribieron acerca de la vida de los propios filósofos, recurriendo a todas las noticias posibles sobre los mismos. Pero, la escasez de las fuentes a este respecto es bien conocida: el género biográfico es poco frecuentado por los autores de la Antigüedad y para encontrar el autobiográfico, que sería el más interesante hay que llegar a las *Confesiones* de S. Agustín. No es mucho lo que nos queda del epistolario de los filósofos: algunas pocas cartas de Platón, con visos de autenticidad, de Epicuro y de Séneca y de las numerosas epístolas de Cicerón es muy poco lo que puede sacarse para este propósito. Los "Recuerdos", "Vidas" y "Recopilaciones" de Testimonios aunque resulten poco seguros en múltiples aspectos, pueden resultar válidos para mostrarnos, a través de datos, hechos o anécdotas de historicidad incierta, actitudes y *ethos* verdaderos de los personajes a los que se refieren o al menos la valoración que de ello hizo la tradición y el escritor que nos los transmite. Por eso, no hay que descuidar otras Fuentes, como pueden ser las literarias e históricas, al parecer ajenas a la Filosofía, pero en las que un investigador o un simple lector atento, puede encontrar una resonancia filosófica, un paralelismo o una antítesis. Así la comparación con las grandes Tragedias griegas ha inspirado no sólo la interpretación de Nietzsche (Conf. K. Jöel, F. Petericid, etc.) y la personalidad de los primeros pensadores filosóficos, particularmente de Tales, se puede aquilatar con las referencias de Herodoto y la lectura de Horacio puede testificar distintos niveles de "vida epicúrea". Esto no va dicho con la intención de sugerir que el esbozo que se presenta aquí del Filósofo en el mundo antiguo ha tenido presente puntualmente todas las fuentes mentadas, sino que quiere justificar modestamente su intento de salir de las generalizadas exposiciones de la Filosofía griega como inicio de la actitud teórica y científica o como evolución, tal vez fortuita, de las representaciones míticas a las concepciones del mundo rudimentariamente racionales. Y al perfilar al Filósofo más allá de los estrictos textos sobre la Filosofía, pretende señalar y enfatizar la conexión de ésta, desde sus orígenes, con la existencia y el destino del hombre.

El punto de partida para considerar la Filosofía desde este ángulo, el de su realización en la propia vida del Filósofo, puede estar indicado por la misma raíz etimológica, que lleva a la equivalencia entre *sophos* y *philo-sophos*, es decir, reduce al “filósofo” al (que quiere ser) “sabio”. Ahora bien, en los orígenes culturales el “sabio” no es tanto el hombre que domina un aspecto de la experiencia o vida humana, sino principalmente el que sabe conducir la existencia a su debido destino, pretendiendo poseer el secreto de los misterios del mundo y del hombre. “Sabios” son los magos, los sacerdotes, los conductores de las comunidades. Si se miran bien las cosas, los que llamamos primeros “filósofos” reencarnan en cierto modo aquellos primitivos “sabios”, guías espirituales de los tiempos arcaicos. Si queremos señalar la diferencia cualitativa principal que se esboza entre unos y otros, ella radicaría en que la “sabiduría” de los primeros estaba rodeada de un halo de arcano y misterio, que más o menos implícitamente estaba en comunicación con la Sapiencia divina y sobrehumana, mientras que la sabiduría del Filósofo proviene del propio hombre, de la razón humana.

Cuando se despierta la filosofía por primera vez entre los jonios se viene a iniciar lo que según algunos sugieren sería el sueño platónico de la Vida Contemplativa. La disminuiríamos mucho más y nos equivocáramos respecto a su identidad, si pensáramos que llega para llenar los ocios y aburrimientos de ciertos personajes acaudalados o de algunos espíritus curiosos o inquietos por “robarle los secretos a la naturaleza”. Tales, Anaximandro, Heráclito, Pitágoras, Jenófanes... no encajan en ninguna de estas figuras. Todos ellos fueron metidos de lleno en los problemas de su tiempo con una especial agudeza de oído para captarlos y audacia para pensarlos y proponer sus soluciones; es interesante su carácter de grandes viajeros que quisieron ampliar su visión de las cosas con las concepciones de otras culturales. Tales, por ejemplo, como lo testimonió Herodoto, estuvo inmerso tanto en la actividad especulativa como en la técnica y política y así sus conciudadanos le debieron más de una vez la solución de graves problemas con los reinos circundantes de los lidios o los medos.<sup>3</sup> De Anaximandro, que comparte la gloria de descubrimientos geográficos y matemáticos con Tales, se nos cuenta que fue jefe de una expedición colonizadora al Ponto y que allí fundó Apolonia.<sup>4</sup> Si algo podemos extraer con verosimilitud de las legendarias *Vidas* sobre Pitágoras es que desde su juventud estuvo más que interesado en la vida cívica, pues debió huir de la tiranía imperante en su patria Samos; desembarcado en la Magna Grecia, su ocupación no fue simplemente especulativa, ya que su escuela más allá del adoctrinamiento filosófico suponía un proyecto de vida individual y colectivo y una actividad política encaminada a impulsarlo. De Heráclito se menciona especialmente su aversión a la vida política, pero sus *Fragmentos* testifican una reflexión muy honda sobre los temas que hacen a ella.<sup>5</sup> Así bien puede decirse que los primeros filósofos se entroncan con la personalidad de los antiguos “Siete —o

<sup>3</sup> HERODOTO, I, 74, 75...

<sup>4</sup> DIELS-K, *Fragm. der Vorsok.*, I, 12 A 3.

<sup>5</sup> Sobre su disenso con sus conciudadanos cf. Diógenes Laercio, IX, 1 Frags. importantes sobre la vida sociopolítica, 43, 44, 29, 114, etc.

más— Sabios”, sabios por su sabiduría en la conducción de la vida humana y en la organización de las ciudades. Platón los hace depositarios de una Sapiencia arcana y ancestral, razón de su superioridad y preeminencia y que brillaba como en chispazos en los famosos dichos que se les atribuyen.<sup>6</sup> No quiere decir esto que la filosofía de los primeros pensadores consistiese primordialmente en una experiencia o tacto político; sin carecer de esto, van mucho más allá: intentan situar la naturaleza humana en su verdadero lugar con relación al Todo o Universo suponiendo, para esto, la necesidad de la aclaración del mismo, desde sus fundamentos. Es muy interesante comprobar que entre las sentencias que la tradición atribuyó a los primitivos “Sabios” está aquella de incalculable valor especulativo y existencial: *meleta to pan* (¡ten atención al Todo!), mandato que asumen los filósofos ya con los primeros presocráticos, que centran su especulación englobante en la *physis* y su vinculación con todos los seres.

Así como los historiadores de mentalidad positivista sólo ven en los orígenes de la filosofía un primer capítulo de la historia de la ciencia, hay otros investigadores que se esfuerzan por comprobar que la obra de los presocráticos consiste en el reordenamiento y traspaso a ciertos esquemas racionales de los contenidos religiosos o míticos, que desde milenarias civilizaciones anteriores llegaban a la cultura griega. El trabajo de F. M. Conford tuvo vasta repercusión: la filosofía que inician los Milesios sería una reactualización de las creencias míticas, expresadas ya en el babilonio *Enuma Elis*, poema que se pierde en la lejanía de los tiempos, y según el cual todo procede de un primitivo “caos acuoso” triunfalmente ordenado por Marduk.<sup>7</sup> Para comprender lo peculiar de la actitud filosófica no es de gran importancia fijar qué elementos toma o con los que coincide, pertenecientes a la religión sea de su etnos, sea de otros, consciente o inconscientemente; pero puede venir sí y mucho al caso, tener presente lo que debe entenderse por religión y compararla luego con la filosofía naciente. Hoy se puede hablar de una era teológica o etapa mítica en la historia de la humanidad, pero en un sentido mucho más profundo y complejo que el que le daba Comte. No es posible dar razón del universo, tan vasto y complicado, de los mitos (en el que se encuentran inmersos y del que viven todos los pueblos primitivos) atribuyéndolo a una reacción de nivel infantil, que conjuga su miedo ante los fenómenos de la naturaleza con su deseo de saber y así construye esos relatos con agentes desmesurados y fantásticos, responsables del acaecer del mundo y del destino del hombre. El mito no es primordialmente aitiológico ni menos exudación del terror ante lo desconocido. El mito es algo connatural a la humanidad emergente, pues, como toda vida necesita su ambiente, su hábitat en donde desplegarse y nutrirse, también la vida humana propiamente tal, desde que aparece no puede darse sin “su mundo”, no

<sup>6</sup> “Desde tiempos antiguos existieron estos sabios, entre los cuales están Tales de Mileto, Pítaco de Metilene, Bías de Priene, nuestro Solón, Cleóbulo de Cnidos, Misón de Khenas y el séptimo, Quilón de Esparta, todos amantes y seguidores de esta Sabiduría, por eso, consagraron a Apolo una primicia de ella, esculpiendo en su templo aquellas palabras: Conócete a tí mismo. Nada en exceso”. *Prtag.* 343 a - b.

<sup>7</sup> F. CORNFORD, *From Religion to Philosophy. Principium Sapientiae*, Cambridge, 1952. Cf. también, H. FRANKFORT, J. A. WILSON, T. JACOBSON, *El Pensamiento Prefilosófico*, Breviarios, FCE, 1967.

entendido como conjunto físico, sino como espacio trascendente, como horizonte de sentido o Trascendencia iluminante. La relación *humana* con las cosas implica una iluminación, una cierta noticia valorativa de las mismas, de lo que ellas son con relación al hombre y esto es el mito. Pero, esto no quiere decir que el mito se relacione o se centre en el simple conocimiento del hombre. El mito corresponde al ser humano entero: lo siente, lo ama, lo teme, lo actúa. Es el suelo nutricio de su existencia, corresponde a una estructura global de la misma. El mito es esencialmente religioso, porque, si es el marco en el que se despliega la vida humana, ese marco aparece fundado en lo Trascendente, en lo Incondicionado y Ultimo, en Aquello que en definitiva *salva o pierde* al hombre. El hombre mítico es el *homo religiosus* primitivo, que vive en la luz del mito, cordón umbilical que lo religa a su fundamento divino. La tradición religiosa, la tradición mítica conforma y modela la vida social e individual, indicando su sentido y desarrollándola.

Pero, en un momento dado de la historia la capacidad cognoscitiva del hombre se potencia de un modo particular; desarrollado su poder de inducir y de generalizar en la práctica en su contacto y uso de las cosas como en las relaciones con sus congéneres, ese poder de generalizar, de análisis y de síntesis no se aplica ahora a lo que atañe a lo inmediato y particular solamente, se trasciende a niveles más íntimos o profundos y a unidades o todos más complejos. Vemos cómo esta fuerza se ejercita y se fortalece grandemente en la vida socio-política,<sup>8</sup> se expresa en la poesía lírica, recibe fuerzas con la comparación de diversos horizontes culturales y toca temas de la misma tradición mítico religiosa.<sup>9</sup> Crece, en una palabra, la conciencia de la propia personalidad y con ella la conciencia crítica e independiente. Con esto se conmueve la estructura mítica. En el *Mythos*, que propiamente significaba lo *dicho*, verdad y realidad se confundían para el hombre. Por ser divinamente *Dicho*, el Mito se recibe y se entrega sin discusión, es la Tradición que conforma y forma la existencia humana. Pero, ahora, abriéndose poco a poco paso entre el Mito, se va afianzando el *logos*. El *logos* también quiere ser la *palabra verdadera*, la expresión de la realidad del ser; mas, palabra que profiere el hombre por sí mismo, desde sí mismo. El *logos*, en cuanto humano no quiere ser una mera reiteración o un eco que viene de la Trascendencia divina; es la voz simplemente humana que responde al llamado de las cosas mismas, sin el intermedio de la Tradición. La inteligencia, enriquecida con el *logos* será la característica más sobresaliente del hombre griego y de toda su cultura: él lo aplicará y medirá con él todos los niveles de su experiencia. No será ya tan sólo el *homo sapiens*, el hombre que conoce, sino más determinadamente el *homo rationalis*, o como lo define Aristóteles, "el animal que tiene *logos*", *dson logon echon*,<sup>10</sup> animal dotado y afianzado en la razón, pero, entendamos por razón: capacidad de nitidez y precisión en su palabra mental o concepto, coherencia, articulación ordenadora y unificante en su lenguaje, equilibrio y ajuste a la medida del ser. Y así, esa

<sup>8</sup> Cf. J. P. VERNANT, *Los Orígenes del Pensamiento Griego*, Eudeba, Buenos Aires, 1970.

<sup>9</sup> Cf. NEITZSLE, *Von Mythos zum Logos*, Stuttgart, 1962. Cf. también DISANDRO C., *Tránsito del Mythos al Logos*, La Plata, 1969.

<sup>10</sup> *De Anima*, III, 9, 432 a 26; *Et. Nic.* I, 13, 1102 a 28 etc.

fuerza racional, que se ve imperar en todo el orbe griego en el siglo V, sea en las artes plásticas como en las literarias, en el deporte como en el teatro, en la vida política como en la estrategia militar, es natural que descendiera y se aplique vitalmente a aquel marco de la existencia humana; que trate de verlo por sí misma en sí mismo, sin la intermediación del Mito, que empiece a querer decir qué son las cosas, el hombre, el mundo, el dios desde el punto de vista racional. Los hombres, en los cuales la razón fue capaz de intentar eso, fueron llamados sabios, y después, *filósofos*. Nació el hombre que enfrentaba con su pensar la realidad entera: el Filósofo. Esta palabra adquiere una nueva coloración para la Sabiduría: la que da al conocer, al saber una estricta procedencia racional sobre lo Último y el Todo. La obra de estos hombres fue titánica porque tocaba el quicio mismo sobre el que reposaba toda la vida humana y no sólo lo tocaba, sino que su punto de apoyo se traspasaba de la autoridad de la Tradición divina a la parpadeante luz de la razón de la creatura humana.

El horizonte de "verdades racionales" o afirmaciones últimas que puede el hombre hacer sobre las cosas, aunque en sí sean del todo teóricas, tiene un peso esencial para la vida entera y concreta, cuando se quiere vivir como hombre. La filosofía nace de la exigencia de la vida llegada a la etapa de la razón, de una exigencia primerísima: la que tiene el espíritu libre de tener una *meta justificada* para dar una orientación y un contenido a su existencia. Podrán parecer estas afirmaciones lejanas y tardías realizaciones de la realidad histórica del nacimiento de la Filosofía en Grecia. Sin embargo, a pesar de la pobreza de los fragmentos y los testimonios, hay material suficiente para comprobar un cambio que significa el desembocar de la era mítica en la era racional —con todo lo que esto importa— en la cultura helénica. Naturalmente: los comienzos, aun siendo comienzos son grandiosos, cuando son comienzos de cosas grandiosas; en ellos valen la nueva dirección, la actitud innovadora, el desafío del espíritu y esto da, en aquel momento: el ir a las cosas mismas por la vía racional y encontrar en ellas grandes fulguraciones. Es bueno añadir que aquellos comienzos dejan pronto de ser comienzos, ya que en el corto período presocrático el *logos* helénico habrá adquirido tal robustez que lo hará capaz de lanzarse a la construcción de las más acabadas metafísicas.

## 2 - Desarrollo y plenitud del Filósofo

La figura de los filósofos presocráticos legendaria y proteica puede perder en muchas interpretaciones históricas esa línea esencial que los define como buscadores de la verdad racional iluminadora de la existencia. Este carácter, que hace al filósofo, *filósofo*, adquiere en el *período socrático* una prestancia tal, que será la medida para todos los que posteriormente se acerquen a la filosofía. A pesar de lo que se ha dicho sobre la figura de Sócrates desde Cicerón a Nietzsche, el ateniense no introduce una ruptura ni una innovación radical respecto a la idea y a la tarea de la Filosofía, pero sí una profunda toma de conciencia de la misión del Filósofo. Desde Sócrates y Platón habrá un

filosofar que será una búsqueda crítica, racional y a la vez intensa de la Verdad necesaria para la vida, acompañada de la conciencia clara de que la búsqueda de esa Verdad debe ser seguida y encarnada en el propio ser; o si se quiere un metáfora, búsqueda de la Luz que se convierte en la propia luz del espíritu, una Filosofía que haga al hombre filósofo. Habrá otra u otras filosofías que sean aclaración racional de una o de muchas verdades particulares y aun de la verdad del Todo, pero, sin que estas verdades comprometan la vida. La primera —está dicho— hace al hombre filósofo, la segunda, a lo sumo puede darle una profesión, un oficio; en el período griego esta forma no existe. La primera forma de “filosofar” fue la que conocieron los hombres cultos de Atenas del siglo IV a. C., cuando se abrían en ella las primeras “escuelas” filosóficas y convergían al mismo tiempo una serie de brillantes oradores desde diversos puntos de la Grecia. Estos también pusieron sus escuelas, pero no quisieron llamarse filósofos; prefirieron el título más antiguo y más indeterminado de *sophos* o, mejor, *sophistes*; eran “sabios” “versados”, “maestros”. No quisieron ser tenidos por filósofos, precisamente porque esta palabra significaba ya investigador de una Verdad que quería ser entera y fundamental para la vida del hombre y ellos, conscientemente prescindían de los problemas de esa Verdad: Protágoras, Gorgias, Hipias, Pródicos pensaban que la inteligencia del hombre no podía lograr esta verdad, por eso, no se consideraban filósofos. Sin embargo, no renunciaron al título de sabios, de “sofistas”. Ellos descubrieron y constituyeron una “sabiduría”, que respondía a las exigencias de muchos ciudadanos atenienses, ávidos de escalar los puestos más encumbrados y honoríficos de la polis. Con intuición genial advierten que la condición del éxito en el orden público o simplemente cuando se requiere el concurso de varios, radica en la fusión de las voluntades en el objetivo que uno pretende; y el único medio, en la sociedad democrática, es el de la persuasión por el convencimiento. El hombre socio-político que triunfa, es el que tiene capacidad para persuadir: es la ecuación fundamental que hacen los sofistas, y en razón de ella construyen el “arte de la palabra” en forma acabada y lo llaman sin más “el arte o la ciencia política”. Los sofistas son los dueños del tesoro del lenguaje (gramática, retórica, dialéctica, tópicos, oratoria...); su sabiduría es una habilidad para lograr el convencimiento de los oyentes de cualquier forma que sea, prescindiendo de la verdad, por eso, saben esgrimir de manera triunfal tanto los pro como los contra de cualquier tema. Esto es lo que poseen y lo que venden a sus numerosos alumnos, para ser políticos con éxito, convencidos de que la sabiduría política reside en saber hablar de tal forma que la palabra sea avasalladora, omnipotente, como diría Virgilio “Capaz de hacer bajar la luna a nuestras manos”.<sup>11</sup>

Esta referencia a la sofística es necesaria para entender la determinación que va hacer el socratismo de la filosofía y el filósofo, porque, si es completamente impropio definir o entender el socratismo como una “antisofística”, es cierto que una de las tareas principales que se propusieron Sócrates y Platón fue poner a plena luz la aberración destructiva sobre la que se sustenta: un

<sup>11</sup> *Eglog.* VIII, 69.

arte o técnica *política* que prescindía de la verdad, prescinde absolutamente de la justicia, instauro el inmoralismo público y proclama la voluntad de poder como ideal del hombre. Sócrates que vive su Atenas natal con los sofistas y siente el maléfico embrujo de su docencia entre sus propios jóvenes amigos, más allá de todos los oropeles con que la revisten, mide y pesa toda la carga deletérea de aquella pseudosabiduría. Y así, frente al ideal del sofista restaura y revive el ideal del filósofo, que él propone para vivir. No todos los historiadores concuerdan con esta valoración sustancial de Sócrates, pero, las dos líneas más representativas y comunes de interpretación (una que la ve como el padre del pensar racional y padre de la lógica y otra que lo exalta como un reformador o profeta ético-religioso) no hacen más que destrenzar la unidad del Sócrates real, verdadero filósofo. Un flanco de esa unidad nos muestra al buscador reflexivo, crítico, metódico según las leyes de la razón, el Sócrates "lógico", creador del *Método*. El otro flanco es el del hombre que busca la Verdad con toda intensidad y pasión para realizarla en la vida, que aguijonea sin descanso a sus amigos y conciudadanos a esta prosecución de la Verdad para convertirla en Bien y Justicia. El eje de esa existencia fue la convicción lograda ya en las preocupaciones de su juventud: <sup>12</sup> "El Principio de toda realidad es la Inteligencia pura, que actúa ordenando a todas las cosas a su bien"; en ese axioma teleológico se inscribe particularmente la existencia humana, que es una tensión al Bien, a través de la Verdad. Circunstancias, tal vez extraordinarias, contribuyeron a que Sócrates, "más allá de la mitad del camino de la vida", se volcase con todas sus fuerzas a extraer especulativa y prácticamente, lo que ese supremo principio importaba, para sí y para los demás. Y debió hacerlo tan intensamente, que su ejemplo y su palabra sellaron definitivamente el alma de sus discípulos, particularmente del joven Platón; personajes como Antístenes, Aristipo, Estilpón... pasaron a la historia como hombres que encarnaron una "forma de vida" más que como creadores de teorías.

La obra platónica puede considerarse como la profundización y el despliegue, en todas direcciones y casi diríamos hasta el infinito de aquel acorde socrático, que es su idea de filosofía o del hombre filósofo. Este inmenso trabajo de Platón va precedido o, si se quiere, en constante concomitancia con el esfuerzo por desarticular la mezquina idea de *sophia*, de la que se ufanaban los sofistas. ¿Cómo esa venerable palabra, que había sido la mejor aureola de los más grandes hombres, puede reducirse a la habilidad para triunfar en los negocios, obtener el poder a través de la magia de la persuasión? Evidentemente, chocan aquí dos ideas contrapuestas de lo que es el hombre y su destino. Una que lo ve como fruto completo de la "naturaleza", entendida como el juego fortuito de átomos y movimientos; ser que sólo es distinto de los demás que pueblan al tierra, por su instinto de reunirse para no destruirse y protegerse,<sup>13</sup> pero que, aun dentro de esa reunión (la polis), sólo tenderá a desplegar su egoísmo, su apetito de poder. El "sabio" será el que sabe hacer esto; y el hombre *polités*, en sociedad, el arma, el instrumento eficaz que para esto posee es el arte

<sup>12</sup> Fed. 97 b - c.

<sup>13</sup> Prot. 322 b - c...



o la ciencia (*techné politiké*) de doblegar y atraer las voluntades por la persuasión.

Para el socratismo esta imagen del hombre (que encaja perfectamente en un universo materialista y fatalista) es monstruosa. El hombre es algo más que un cuerpo organizado con un manco de instintos que pretenden satisfacerse cada uno a expensas de otros. El hombre es *nous*, es espíritu, mente, algo cuya vida es pensar y amar; está en la dimensión de la belleza, del bien, de la verdad; el ser cuya naturaleza es conocer la verdad, amar y realizar el bien y la belleza es una "participación", es pariente del Espíritu primero y absoluto. La Sabiduría es la realización de esta vida; el hombre pleno es el filósofo o sabio verdadero, por eso, entre sabio y justo no puede haber escisión: en realidad no hay más que una sola "virtud", una sola "excelencia" o perfección en el hombre: la de ser hombre acabado. Esta *Sophrosyne* o Sabiduría única nos ilustra y nos entusiasma a la vez, nos muestra el universo como una difusión de su Vértice divino, el *Agathon* absoluto, y desciende a determinar el bien, la "medida armoniosa", que es cada cosa y que mide la acción humana.<sup>14</sup> Platón no reconoce otra filosofía que la que se encarna en el filósofo y lo hace vivir "filosóficamente": la de una existencia humana que se proyecta, se asume y se constituye desde la iluminación que da un riguroso análisis racional del ser humano desde sus fundamentos en la realidad última o del ser como tal. Esta idea de la filosofía fue más que pensada, vivida con tanta fuerza por el socratismo, que se inyectó como un *a priori* indiscutible en todas las corrientes filosóficas del mundo antiguo. Aristóteles parece romper la unidad de la "excelencia" o única virtud global de Platón, con su clásica distinción entre las virtudes teóricas, prácticas y técnicas, pero, reivindica tanto como Platón el carácter primero de la Sofía para el hombre y su condición de virtud ordenadora y así unificante de las demás. Así, si hay distintas *epistemes* y por ende distintas filo-sofías, *Filosofía Primera* es la que determina la realidad en sus principios y con ello cumple la condición de Sofía o sapiencia plena y perfecta.<sup>15</sup> Esta Filosofía Primera, que es el coronamiento de la dimensión cognoscitiva y "contemplativa" de la naturaleza humana, no está cerrada en sí misma ni es ajena al dinamismo de la praxis o acción, como a veces se piensa. Ella no sólo desarrolla y actúa en nosotros "lo que tenemos de más divino"<sup>16</sup> y con esto nos otorga la más alta dignidad humana, sino porque solamente desde la visión que esta Sabiduría propone, podemos establecer su consecución como meta esencial de nuestra vida, que requiere de un ordenamiento hacia ella sólo posible por la praxis constante de todas las virtudes éticas. Así el finalismo de todo ser, fundado en la atracción del Supremo Bien, que es el Primer Principio Inteli-

<sup>14</sup> Cf. A. J. KRAMER, *Arete bei Platon und Aristoteles*, Heidelberg, 1959.

<sup>15</sup> ME, I, 1026 a 15 - 23.

<sup>16</sup> Cf. especialmente el cap. 8 del lib. I de la *Ética Nicomaquea*, en donde se pondera el "acercamiento" que esta Sabiduría nos da respecto de la Deidad. La necesidad de que la Sabiduría contemplativa impulse la praxis virtuosa y en ella se corone es objeto, otra vez, del último capítulo, el 9. Digo: "otra vez", porque ese tema, de la implicación entre Fin último y vida virtuosa (por las virtudes prácticas) es tema casi total de las Éticas aristotélicas.

gente, plasma teleológicamente la humana naturaleza, dinamismo destinado a conocer la Verdad del Ser, respetarlo, amarlo y realizarlo. Así para Aristóteles también, la Sabiduría, Filosofía Primera en sentido pleno, siendo aclaración del ser como tal, da los fundamentos últimos de la existencia humana en su integridad.

En la civilización helenística, que sigue al período del socratismo ateniense, la filosofía, a través de múltiples escuelas, difunde como semilla desparramada por el viento, su proyecto de vida. El florecimiento de esta simiente es tal a lo largo y a lo ancho del Imperio, que se puede decir que el "filósofo" llega a ser una casta o clase social, junto a la de los magistrados, soldados, comerciantes... Tal proliferación de grupos filosóficos permite hacer una galería con distintos "retratos de filósofos", pero a través de los perfiles variados se puede distinguir sin dificultad la fisonomía común con los rasgos ya tradicionales que le imprimiera el cenáculo socrático. Es una característica bien visible de este último y largo período de la filosofía griega su preocupación central por el *destino* del hombre en singular, su descenso a la vida concreta e individual y a sus momentos singulares: es el período *ético* de la filosofía, de la filosofía que plenamente quiere ser *magistra vitae*. No deja de ser en ningún momento búsqueda y posible determinación del último horizonte y de cobrar también en su amplio manto las investigaciones particulares del universo, pero, todo esto se subordina a su cometido principal de trazar la dirección o el destino del hombre y de señalar cuidadosamente sus pasos hacia esa meta, evitar los escollos y espejismos. En este entretenerse con la vida real, muestra la filosofía las diferencias también concretamente de sus escuelas, pero manifiesta con gran fuerza su impronta común. Séneca tocaba esta preocupación común, muy presente en su sistema estoico, cuando escribía a Lucilo: "Al investigar por qué la naturaleza produjo el hombre y lo elevó sobre todos los animales, ¿piensas que me alejé de los problemas morales? Te equivocas; pues, ¿cómo conocerás qué moral se ha de tener, qué es lo mejor para el hombre, si no examinas la naturaleza?"<sup>17</sup> Y Epicuro decía lo mismo, casi con las mismas palabras: "Recomiendo dedicar al estudio de la naturaleza un esfuerzo incesante, pues, en él se encontrará lo que es más decisivo para lograr la serenidad de la vida".<sup>18</sup> Su entusiasta admirador y expositor en lengua latina, Tito Lucrecio Caro nos dice una y otra vez que compone su gran poema didáctico: "Sobre los Principios de las cosas" (*De rerum natura*) con la precisa intención de disipar los terrores y tinieblas del espíritu y para bien de nuestra existencia.<sup>19</sup> Por eso vemos que, con inspiración y elementos de los antiguos filósofos, tanto los estoicos como los epicúreos dan nueva vida a grandes concepciones metafísicas, que intentan explicar racionalmente la realidad entera —*naturae species ratioque*, que dice Lucrecio,<sup>20</sup>— pero estas sistematizaciones tienen por centro la cuestión de "la realización del hom-

<sup>17</sup> *Epis.* 121, 1 - 3.

<sup>18</sup> *De Rerum Natura*, I, 146.

<sup>19</sup> *Id.* II, 1.

<sup>20</sup> "La hermosura y orden de la naturaleza", I, 148.

bre", de su "Perfección completa" (*De summo Bono*);<sup>21</sup> aun sus investigaciones lógicas y gnoseológicas se encaminan a dar los presupuestos para la solución de aquel problema esencial. Es interesante comprobar, que este tema que se impone a todos los pensadores de esta época, sean estoicos, epicúreos, escépticos, platónicos, aristotélicos, etc., a pesar de las diferencias con que cada uno lo resuelve, encuentra en las soluciones, también un trasfondo análogo para todos. La "Perfección del Hombre" o el "Ideal del Sabio", es pensado generalmente por todas las escuelas, desde la capacidad del hombre "para bastarse a sí mismo", discutida ya por el socratismo y la sofística anteriormente. Esta expresión puede entenderse con una connotación que la haría inadmisibile, por su implícita soberbia, sugerida por Aristóteles, cuando dice que la autosuficiencia sólo puede ser de Dios, o, con otro sentido inverso, del animal.<sup>22</sup> La intención socrática, que perdura en la filosofía, no va en esta dirección; quiere señalar que una condición o propiedad de la Sabiduría es la de lograr una verdadera libertad interior; supone la convicción de que la Perfección o Bien humano depende de uno mismo, de su propia fuerza espiritual. Hércules, tan caro al mito heleno, como ideal del hombre, que encuentra en su propio ser la fortaleza serena pero incontrastable para abatir todos los obstáculos y arribar a la meta propuesta, nutre esta afirmación racional, filosófica de la *autarquía*. La filosofía va mucho más allá de la fuerza física o de la capacidad o aun habilidad para superar los contratiempos externos y las penalidades corporales o de una instintiva confianza en uno mismo: mira hacia el interior del hombre, a su espíritu, ese *nous*, que según la imagen platónica tiene las riendas de todo el dinamismo humano y considera que, cuando él se abre plenamente a la luz de la verdad, adquiere una potencia invencible para dominar absolutamente todos los movimientos de ese carruaje complicado que es el propio ser humano, provengan de este mismo ser o de cualquier otro, sea de las adversidades de la naturaleza, de las injusticias de los hombres o los vaivenes de la *Tyché* o suerte. La *autarquía* comienza por ser autodominio, posesión serena y segura del propio yo, en forma que ninguna embestida ni de adentro ni de afuera sea capaz de arrastrarlo en pos de sí en contra de lo que racionalmente se ha fijado. Esta serenidad, imperturbabilidad o impassibilidad (*ataraxia*, *apatheia*) es así como el inicio o la condición de la vida del sabio, pero también tiene el sentido de su consumación; no se trata de una serenidad vacía o de una impassibilidad inerte: la *autarquía* quiere decir que la realización de la vida del sabio no depende de otros ni de cosas externas, sino que está en lo interior del hombre. Para el

<sup>21</sup> El tema del: Destino, realización, perfección, salvación del hombre como hombre en su determinación concreta (en qué precisamente está el Perfeccionamiento completo) fue tratado por los filósofos griegos bajo el título técnico de *Agathon*, del Bien, que es: lo que perfecciona, otorga la plenitud. Los latinos tradujeron literalmente: *De Bono* o de *Summo Bono*: Acerca del Bien o Del Bien Supremo o Total, para el hombre. La Escolástica usó preferentemente la palabra Fin, Del Fin Ultimo, equivalente también del *Agathon* heleno, aunque la palabra "fin" nos indique más inmediatamente la idea de: término al que tiende el impulso o tendencia.

<sup>22</sup> *Eñ. Eud.* VI, 12, 1244 b 8.

<sup>23</sup> Cicerón cita en su *De Officiis*, III, 7-8 un libro de Posidonio y en carta a Atico, XVI, 11 a otro de Panecio sobre la misma materia.

estoico consiste en asumir desde lo íntimo de su voluntad en cada caso las exigencias de la naturaleza, plegarse a sus leyes, que son mandato divino; en esto se concreta la vida virtuosa. La autarquía del sabio estoico no es simple fuerza de aguante, capacidad de soportar, sino de hacer, de acometer y llevar a término hasta las últimas consecuencias. Este aspecto activo de la ética estoica se muestra bien en la variada bibliografía que presenta esta escuela sobre lo que Cicerón tradujo como *Officia*, actos que deben realizarse, como exigencias de las diversas virtudes morales.<sup>23</sup> Si el filósofo epicúreo no enfatiza, como el estoico, la necesidad del esfuerzo activo en la virtud, es tan consciente como éste de que la existencia del hombre es vida y la vida se despliega en actividad y no puede tener por ideal una tranquilidad que signifique inercia, paralización, vecina casi a la muerte. Partiendo, también como el estoico, de un incommovible enclavamiento del ánimo en la claridad de la filosofía, el epicúreo propone un cultivo racional de las alegrías de la vida. Con la tradición democrítea, la metafísica de la escuela se construye para anular el temor a cualquier intervención de Dios o de cualquier potencia superior al hombre y disipar el terror a la muerte; después, quiere precaver al individuo de los sinsabores y heridas que con frecuencia nos traen las relaciones con los demás, por eso, aunque pone entre las alegrías supremas las de la verdadera amistad, calcula su trato y relación tanto con la polis como con la familia. Pero, tanto en la vida como milicia del estoicismo, como en la de fruición templada y calculada del epicureísmo, la *autarquía* inicial culmina como *ataraxia* o *apatheia* en tanto es vida de coherencia interior, anclada firmemente en el ideal elegido.

El escepticismo —otra corriente importante de este período—, como la escuela platónica y la peripatética, que perviven todavía, no menos que los estoicos y epicúreos, están imbuidos de la convicción de que el filósofo tiene por tarea específica señalar en qué consiste para la razón humana la Perfección y Felicidad del hombre y de tratar de realizarla. Se dice de Pirrón, iniciador del escepticismo que trajo su ideal de la imperturbabilidad del sabio, desde la India, adonde había llegado como soldado de Alejandro Magno. De su crítica al conocimiento humano se llega lógicamente a una valoración del mundo como pura fenomenalidad o apariencia, no muy distinta a la común en las concepciones de la India; de aquí la inanidad de todo deseo sobre lo sensible y la consiguiente conclusión de que el hombre debe atrincherarse dentro de sí mismo, como en una fortaleza inaccesible a toda perturbación.<sup>24</sup> Los escolarcas de la llamada Segunda Academia emprenden un camino cercano al del pirronismo. Su ideal parece ser el de un Sócrates totalmente crítico, que pone la piqueta de su duda en todo dogmatismo, encarnado ahora particularmente por la virilidad y afirmatividad estoica. Pero, la crítica de Arcesilao, escolarca de la Academia platónica desde el 268 a. C., no conducía a una *epoché* o suspensión completa de toda afirmación, que lógicamente debería suspender también toda acción. Arcesilao negaba la posibilidad de llegar a evidencias absolutas, pero, creía que el sabio era capaz de llegar a probabilidades, que se convertían en

<sup>24</sup> Cf. CICERÓN, *De Finibus*, IV, 43.

razones suficientes y racionalmente prudentes para decidir a obrar, a emprender un camino u otro en nuestras acciones. Las probabilidades de verdad, que el conocimiento puede encontrar, son razones para conducirse racionalmente en la vida y alcanzar la Perfección debida y correspondiente al hombre. Otro escolarca académico, Carnéades, renovaba con nuevo vigor esta misma posición y merecía por su crítica a toda verdad cierta, que Catón, el Viejo, exigiese su expulsión inmediata de Roma.

### 3 - La limitación del Filósofo y su transfiguración teológica

El tema de la Perfección y realización del hombre que se impone a la reflexión de todas las escuelas filosóficas, en los últimos siglos de la edad antigua y primeros de la cristiana es un reflejo o si quiere un componente de un fenómeno mucho más vasto que viven no sólo los filósofos sino la sociedad entera: es el ansia o deseo de salvación personal, con cierto presentimiento de renovación o recemienzo de una Etapa o ciclo nuevo para toda la humanidad. Una comprobación detallada de este fenómeno o la consideración de sus causas exógenas o endógenas... va más allá del interés presente.<sup>25</sup> Así, mientras este nuevo y casi extraño *pathos* religioso en las clases populares o no del todo cultivadas, se canaliza por numerosas religiones místicas que reviven vigorosamente antiguos cultos de distintos pueblos y lugares del Imperio, la filosofía no se contenta con la tarea de proponer al hombre su "camino de salvación desde el punto de vista de la razón" —según queda indicado—, sino que va aún más adelante: entreve su incapacidad para lograrla —aunque parezca paradójico llamar a esa nueva conciencia: "ir más adelante". En las corrientes de contornos no del todo determinables que son el neoplatonismo y el neopitagoreísmo toma una actitud que puede parecer ambivalente. Por una parte, la filosofía además de ser la que determina el camino de la realización del hombre, el de su acercamiento a la Divinidad, se constituye en elemento de purificación, es una etapa del ascenso hacia Dios. Pero, por otra parte, tiene conciencia de que la filosofía en sí misma no otorga toda la Perfección y todo el Bien hacia el que el hombre se siente atraído; es necesario ser filósofo para alcanzar esto, pero, no es suficiente. Parecería que se hubieran desatado en lo profundo del espíritu humano tendencias más grandes de lo Divino, abismos más profundos que sólo podrían ser llenados por la Realidad de la Deidad en sí misma. Este ideal, que late difusamente por todo el Imperio es un elemento en realidad extraño a la helenidad, si bien madura ahora, incentivado por múltiples corrientes que provienen de diversos pueblos, entre los cuales hay que contar especialmente el judaísmo, del cual nacerá el cristianismo. La figura del Filósofo empieza a perder su solidez granítica: ni su ideal de perfección ni el instrumento esencial para adquirirla, la razón propia, serán ya lo último y definitivo y deberán plegarse y ser asumi-

<sup>25</sup> Cf. A. FESTUGIERE, *L'Idéal religieux des Grecs et l'Évangile*, Paris, 1932; G. BARDY, "Hellenisme et Christianisme" en *Suppl. au Dict. de la Bible*.

das en una instancia superior. No es extraño que aquel en el que aparece con *claridad* esta actitud filosófica por primera vez, sea Filón, el hebreo, sabio en toda la cultura helena y especialmente platónica y piadoso seguidor de la religión de Moisés. Filón, que realiza una gran reelaboración del platonismo con inspiración y directrices bíblicas, enseña que el fin y perfección del hombre es la *deificación*, su máxima asimilación a Dios, para lo cual el camino de las Ideas no es suficiente, sino que desde ellas ha de tenderse a la unificación con Dios en sí mismo (que va más allá de toda ideación, y cuya esencia es incognoscible al intelecto humano). Ella sólo se alcanza por misericordia divina, en una especie de raptó, que colma toda aspiración humana y nos hace descansar en Dios, *en monoi Theoo stenai*.

Pero no hacía falta esperar a este gran judío alejandrino para encontrar esta concepción de la filosofía no como *término* de la realización del hombre, sino como *etapa* de la misma y la consecuente actitud del filósofo que se quiere transformar en el hombre religioso y místico. Si volvemos atrás y recordamos a Sócrates y a su Método y a Platón y su Dialéctica encontraremos más que un preanuncio: en ellos el camino de la búsqueda y de realización de la Verdad en el hombre va más allá de su simple esfuerzo, representado por la "vida filosófica" y parece postular una autodevelación del Bien-Verdad y un acto sinérgico del espíritu humano. La metafísica platónica, que actualiza con sin igual genio Plotino, considera toda la realidad como una epifanía del Uno, único Trascendente Principio. En cuanto el Uno es Bien Absoluto se irradia en fulguraciones jerárquicas: *Nous* en el mundo de las Ideas o Pensamientos divinos, luego *Psiché*, Vida o Alma de toda alma y de toda la vida del universo. Por ser todo lo que es irradiación y manifestación del Principio, todo lo que es tiene el sello, la unidad, que lo vincula a su Fuente. Por esta unidad, inhabita en nosotros el Uno trascendente y sustenta el fondo de nuestro ser. Si nos entregamos prisioneros a las pasiones del cuerpo, a los fantasmas de la imaginación, nos dispersamos, nos alejamos de nosotros mismos, en lo que somos en nuestra raíz y fundamento: la unidad y vinculación con el Principio. La vida virtuosa, que ordena y jerarquiza nuestros movimientos, es el primer e indispensable paso en la reducción a la unidad. Acallado el tumulto de la dispersión y disipación, el alma comienza a aspirar a su Bien Supremo, a su unión con El. Su modo de marchar hacia el Mismo es por el conocimiento de la Verdad y la Belleza, que propiamente lo reflejan. La contemplación o intuición de lo Bello, el sentimiento estético que nos producen las cosas sensibles nos revelan los resplandores de la Belleza Eterna y nos impele a recorrer sus diferentes grados. Por el amor que despierta la Belleza, comienza a ser el hombre filósofo: no se contenta ya con entrever y gustar los rayos de la Belleza y Verdad a través de lo sensible y de los símbolos e imágenes, lo impulsa a ir más allá de lo que el esteta sospecha y entrevé confusamente: lo mueve a atraparla en sus reflejos y condensaciones esenciales. La filosofía revela ante los ojos limpios del *nous* humano la constitución inteligible de las cosas, su jerarquía, su nexó y derivación de los principios. Pero en esta contemplación del Mundo de las Ideas queda el filósofo y se consuma la filosofía. Las tres hipóstasis o sustancias, Uno, Inteligencia y Alma, que son el fundamento y fuente de todo lo que es, están de manera particular en el fondo del espíritu humano, son el verdadero manantial de su ser y de

su vida. La filosofía llega a ellos con la contemplación ideal de la razón, pero no en su viviente realidad. "No se llega a Ella ni por el camino de la ciencia ni por el camino del pensamiento, sino por una presencia que es mejor que la ciencia... Pues, no está ausente de nadie..."<sup>26</sup> Ante esta presencia de la Unidad absoluta, lo que debe hacer el alma es dejarse llevar en total quietud a ese centro de luz: "No hay que perseguirlo, hay que esperar tranquilamente a que se nos aparezca, como el ojo espera la luz del sol, que, como dicen los poetas surge en el horizonte por encima del océano..."<sup>27</sup> Así para Plotino la Filosofía queda entera e intacta como explicación última de la realidad, pero ya no es lo último como realización plena del hombre. El filósofo debe continuarse en el místico para alcanzar la perfección de que es capaz la naturaleza del hombre.

El fermento religioso que transformaba la sociedad y la cultura en ése su último período grecorromano, lleva a la filosofía y al filósofo a una nueva evolución, cuya peculiaridad es pocas veces considerada: se da ahora una verdadera transformación o transfiguración en la que el Filósofo pierde su identidad. Contemporáneamente al gran florecimiento del neoplatonismo, el Cristianismo iba conquistando gran número de adeptos entre todos los niveles sociales; con esto comenzaba a organizarse como Institución o "Iglesia" dentro del Imperio; a la vez precisaba y definía sus creencias en dogmas superando luchas internas y conformaba con las categorías y concepciones de la filosofía griega una completa visión "teológica" de Dios, el mundo, el hombre y su destino. El triunfo de Constantino en el 313 da a esa Institución, la Iglesia Cristiana, el reconocimiento oficial y la pone en cierto modo bajo la tutela imperial. Pero, en esos días la religiosidad grecorromana aún no estaba muerta; todavía muchos espíritus, imbuidos de las glorias del pasado, ven en la religión de Cristo una invasión cultural bárbara, deletérea para las instituciones del estado y enemiga de la tradición que las sustenta. No faltan quienes quieren oponer a la teología del cristianismo una verdadera *teología* de la *religión* grecorromana. Para esto es llamada en auxilio la filosofía y en particular, el neoplatonismo, lleno desde su origen de intención y unción religiosas. El discípulo, biógrafo y editor de Plotino, Porfirio, espíritu fino y erudito, proclama como objetivo de la filosofía la salvación del alma, predica contra las exageraciones y supersticiones populares y recomienda la pureza en el culto y las prácticas ascéticas. Es su discípulo, Yámblico, quien va más allá e interpreta toda la tradición religiosa griega *a través* del sistema neo-platónico, acomodándolo a su vez libremente a las exigencias de aquélla. En él y sus discípulos, así como en los neo-platónicos de la escuela de Pérgamo (Máximo de Efeso, Libanio de Antioquía, el Emperador Juliano el Apóstata...) la *Filosofía* viene a ser *asumida* por la intención e inspiración religiosa y a convertirse así en cierto armazón racional y principio de orden de las creencias religiosas y a dar razón de las prácticas morales y rituales; en estas corrientes alientan también ritos mágicos y teúrgicos con la intención de influir en la voluntad y poder de los dioses. La supremacía de lo religioso, aun en el puro orden racional está expresamente reconocida, en cuanto se sostiene que la Dialéctica es incapaz de darnos un conocimiento propio de los princi-

<sup>26</sup> *Enn.* VI, 9, 4.

<sup>27</sup> *Enn.* V, 5, 8.

pios divinos, de la Deidad y los dioses y que para ello es necesario acudir a la tradición mítica-religiosa. La filosofía pierde su autonomía y pasa a ser una verdadera *ancilla theologiae*, y habría que decir que con esto desaparece el filósofo para dar lugar al teólogo. A las anteriores evoluciones del filósofo sucede ahora una *transformación* que tiene los visos de ser sustancial: su razón no sólo acepta la tradición religiosa como un dato, sino como autoridad suprema, Principio divino; de hecho el filósofo se transforma en teólogo con el sentido que le dará el Cristianismo salvadas las esenciales y evidentes diferencias. Pero la conciencia plena de esto será fruto del pensamiento de la edad que sigue al derrumbe del Imperio romano de Occidente, la Edad Media, Edad Cristiana, si la denomináramos por su esencia cultural.

CESÁREO LÓPEZ SALGADO